

## Geografías e interpretaciones

*Luis Alfonso Ramírez Vidal*

Profesor del Departamento de Antropología

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: luisvidales@gmail.com

*Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano.* Alfonso Múnera. Planeta, Bogotá, 2005, 225 p.

Siete ensayos componen el texto del profesor y diplomático caribeño Alfonso Múnera. Éstos se articulan por una constante que aparece en todo el libro: el discurso sobre la construcción social de las razas; dígase, entiéndase y léase: negros, indios y mestizos.

Los escenarios del encuentro son múltiples: Popayán, Chocó, Antioquia, el *interior* del país y, especialmente, la costa caribe, en concreto Cartagena de Indias. Estos escenarios son leídos a partir de la historia política, la primera perspectiva de revisión del profesor Múnera. Luego llegan algunas de las preguntas que habrán de resolverse: “¿Cómo se construyen las geografías humanas de las regiones? ¿Cómo se reconocen sus territorios y sus pobladores? ¿Quién los nombra y los describe? ¿Quién fundamenta sus jerarquías, el lugar de los subordinados?” (21). Aquí se encuentra el historiador con las problemáticas sobre las cuales versa su texto, pero hay algo más: el balance, una aproximación a la historiografía de la esclavitud en Colombia desde 1900 hasta 1990.

Algunas de las prácticas sociales han estado mediadas por las distintas lecturas que se hacen del territorio, y estas prácticas, a su vez, obedecen a factores ideológicos, económicos, culturales y políticos que se retroalimentan entre sí. Parte el profesor Múnera de las reflexiones y elucubraciones de intelectuales criollos del siglo XIX como Francisco José de Caldas, José Ignacio de Pombo y José María Samper. Hay en estos intelectuales una preocupación: el impacto de las condiciones geográficas y climáticas en el devenir de la cultura humana y su progreso. A su vez, esto se hace al amparo de las ideas de notables pensadores europeos: Buffon, Spencer y Lamarck; por ejemplo:

Lamarck y sus seguidores abrían la posibilidad al progreso de las razas mediante los mecanismos de la adaptación al medio ambiente, sobre todo de la herencia. En otras

palabras, los negros y los indígenas podían alcanzar la condición de seres civilizados por medio de un proceso lento de incorporación de nuevos hábitos y actitudes. Esta idea fue fundamental para el pensamiento criollo americano de la segunda mitad del siglo XIX, que pudo encontrar en ella una base científica para plantear sus tesis del mestizaje como panacea para civilizar a la población americana. La raza blanca, al cruzarse con la negra y la indígena, transmitirá por herencia a sus descendientes sus características superiores. Y en la marcha ineluctable hacia el progreso y la felicidad, los hábitos civilizados de las razas europeas se impondrían naturalmente a las formas inferiores de otras razas a la hora de mezclarse (23).

Veo y leo en la extensa cita un punto central de *Fronteras imaginadas*: mostrar cómo raza y territorio permanentemente ofrecieron los marcos de referencia con los cuales se leían las etnicidades venidas como *otras*: la lectura que se hizo sobre el paisaje pasó a los grupos humanos que habitaban la nación. Relampaguea y cae la visión del determinismo geográfico sobre las poblaciones negras e indias del territorio americano: “La jerarquía de los territorios, que dotaba a los Andes de una superioridad natural, y la jerarquía y distribución espacial de las razas, que ponía en la cúspide a las gentes de color blanco, fueron dos elementos centrales de la nación que se narraba” (22). Así, el espacio estudiado se “racializó” gracias a las exigencias de los intereses de los académicos y políticos de turno. Los lugares de la historia, paradójicamente, son los lugares donde viven y hacen cultura las poblaciones que los académicos del decimonono desdeñan: los negros, mulatos e indígenas. Esta es también una idea central en el libro: la historia de la joven república se escribió con la sangre de las poblaciones menos favorecidas por los avatares de la propia historia.

Hay también otro punto importante en el libro: el mito de la nación mestiza. Para el autor, el mestizaje —la democracia racial perfecta de la cual nos hemos ufano hasta la saciedad y el cansancio— es un mito, un mero deseo que dista de ser alcanzado, un discurso que careció de fundamento: “He querido demostrar que el mestizaje, más que ser una apabullante realidad de los días finales del régimen colonial, era la formulación de uno de los proyectos ideológicos centrales de la intelectualidad criolla del siglo XIX” (39). En el libro, el autor constantemente presenta las pruebas histórico-demográficas que contrarían ese deseo: Colombia ha sido, como toda la América española, el lugar de disputas cruzadas por la *defensa* de lo étnico. El mestizaje fue, de alguna manera, el mecanismo para absorber cualquier tipo de levantamiento bélico de las poblaciones más numerosas y más pobres: negros e indios. Las noticias del levantamiento de negros de Haití, seguramente, hicieron mella, y llenaron de temor a las autoridades españolas en esta parte de América hacia finales del siglo XIX: “La radical devastación de la próspera sociedad de los plantadores franceses, en Haití, le produjo un profundo miedo a que sucediera algo parecido en las colonias españolas” (145).

Toca al profesor Múnera otro punto crucial, doloroso, en la historia colombiana: la separación del Estado de Panamá. Las razones, entre muchas, el autor las resume en el descuido de los burócratas del centro del país, las desgarradoras y

permanentes guerras de la época —especialmente la de los Mil Días— y el poderío político y militar del imperio que se venía formando en el norte del continente, que vio a Panamá como lugar estratégico a sus intereses. Un hecho importante aquí es que Panamá era, ciertamente, lugar lejano, habitado por negros e indios difíciles de civilizar, es decir, un lugar irremediablemente imposible para las costumbres de un país fragmentado por múltiples herencias. La lectura de José María Samper, citada por Múnera, ilumina a los políticos de la época: “Los mejores elementos de civilización se han aglomerado en el interior, y el progreso se va verificando de un modo singular: de adentro hacia fuera, del centro a la circunferencia” (111). La respuesta llega a continuación: “Nada cuenta que Bogotá, por ejemplo, estuviese todavía poblada por lo menos en 40% por indios y por un número igual de mestizos, que Medellín fuese una ciudad con una población negra y mulata dominante, y que Popayán fuese, en su gran mayoría, ciudad de negros e indios” (113). No se puede ocultar el tiempo que separa a ambos académicos, pero la pregunta aquí es por qué algunos intelectuales querían probar a como diera lugar la supuesta superioridad de la raza blanca, siendo ellos mismos, y generalmente, mestizos, dígame razas inferiores.

Múnera, después de pasar revista a los hechos que terminaron con la separación de Panamá, vuelve al tema del mestizaje, y esta vez con más fuerza: “El conflicto racial, por anacrónico que parezca, tiene hoy extraordinaria vigencia” (130). De manera que la discriminación sociorracial se opuso a los ideales, al mito de la armonía racial. El autor llega a la conclusión de que el mestizaje, más que una realidad acabada, fue un proyecto central del siglo XIX, asociado al tipo de nación que la élite criolla quería construir (135); y la élite criolla construyó el mestizaje a pesar de que la realidad social siempre fue otra en gran parte de la joven república. Así, el mestizaje se fue posicionando como elemento civilizador al suponerse que, en el cruzamiento, los distintos grupos humanos que habitaban para la fecha Colombia darían lo mejor de sí a los nuevos vástagos, que tendrían como misión colonizar un territorio que se mostraba siempre agreste. La idea, en el fondo, era llevar la cultura europea, por vía del mestizaje, a todo el país. ¿Cómo se lograría esto, digamos, el mestizaje? El profesor Múnera cita a Samper: “Sólo eliminando a la raza indígena, desapareciéndola de la faz de Colombia, se lograría el ansiado progreso [...] bienvenida la mezcla de negros y blancos, entendida como la mezcla de la fuerza bruta y la inteligencia, con el predominio de esta última, si entre las dos absorben a la degenerada raza indígena” (150).

La exclusión histórica es también otro elemento importante en el libro del profesor Múnera; de hecho, es un elemento que cruza su discurso permanentemente. A lo largo de muchas páginas se ocupa el historiador de dos agentes centrales de la historia colombiana: Pedro Romero y la importancia de las clases populares en la independencia de la “Ciudad Heroica”. Ambas figuras sirven de mecanismo para mostrar, justamente, la exclusión histórica de los indios, mestizos y negros como agentes de cambio y transformación social. Finalmente, el profesor Múnera hace un breve repaso a la

historiografía del negro en Colombia durante 90 años, esto es, de 1900 a 1990. No se trata de un apartado que aborde, a mi parecer, el tema a fondo, pero, para aquellos que se inician en los estudios afrocolombianos, el texto puede resultar revelador al poner al lector a las puertas de un tema que en los últimos quince años ha sido de interés para historiadores y antropólogos especialmente.

Es importante destacar en *Fronteras imaginadas* el deseo de Alfonso Múnera de hacer evidente, para el Caribe colombiano, cómo el discurso sobre el espacio ha racializado la civilización, y el impacto del determinismo geográfico en la lectura que se hizo —y que quizá se hace— de los grupos humanos que habitan Colombia. *Fronteras imaginadas* sintetiza, de una manera cálida y clara, la relación que el discurso académico y oficial ha creado para leer al *otro*, su cultura y su accionar histórico. ¿Cómo se hace una nación? Unos la imaginan y otros la hacen; hay una nación de papel, la otra se vive. Los académicos, los que tienen el poder económico y político, idealizan la nación; los marginados, las masas, hacen otra historia, no más importante ni peor o mejor: simplemente otra historia, una historia a su manera, a su antojo; una historia *otra*.